

PROSPECTO

“LA EDUCACION”

Revista Mensual Hispano-Americana

DE PEDAGOGÍA TEÓRICA Y PRÁCTICA

Comenzará á publicarse en Enero de 1911

BAJO LA DIRECCIÓN DE

D. Rufino Blanco

Sub-director de la Escuela Superior
del Magisterio de España

Dr. Eduardo Jusué

Director del Colegio de S. Isidoro
de Madrid

P. Ramón Ruiz Amado

Profesor de Pedagogía Superior en la Academia Universitaria Católica
de Madrid

Precio de suscripción anual : DOS PESOS m/n

CENTROS DE SUSCRIPCIÓN :

MADRID, Administración de “La Educación” Apartado de Correos 386.
BUENOS AIRES, “Alfa y Omega” Callao 573.

En venta : La Educación del Patriotismo

Edición de propaganda \$ 0.10 el ejemplar
de lujo \$ 0.20

Al por mayor, descuentos ordinarios

ALFA Y OMEGA

573 - CALLAO - 577 Buenos Aires

#011
042
4

LA EDUCACIÓN DEL PATRIOTISMO

POR EL

R. P. RAMÓN RUIZ AMADO

de la Compañía de Jesús

Profesor de Pedagogía Superior en la Academia Universitaria
Católica de Madrid

DISCURSO

leído en la solemne apertura del Congreso Pedagógico Nacional
celebrado en Buenos Aires
con motivo del Centenario de la Independencia
27 de Mayo de 1910



(CON LICENCIA)

BUENOS AIRES
CASA EDITORA ALFA Y OMEGA
573 - CALLAO - 577
1910

INV 01873

SIG F011

LIB 042
4

LA EDUCACION DEL PATRIOTISMO

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

La Educación del Patriotismo

Señores: Pocas veces he tenido que reflexionar menos para determinar el tema de un discurso, que al recibir vuestra invitación para tomar parte en el presente Congreso. Me invitabais á salir de mi patria; me invitabais á un Congreso de educación celebrado con motivo de una fiesta eminentemente patriótica. Había de venir con mi patriotismo exaltado, á encontrarme en medio de la exaltación del vuestro, y en tal coyuntura os había de hablar de educación. ¿De qué otra cosa mejor podía hablaros, señores, que de la *Educación del patriotismo*?

Porque es así, señores, que cuando nuestra alma está embargada por una idea, ó poseída de un encendido afecto, apenas puede fijar su atención sobre otra cosa alguna que de su idea dominante se aparte; que no siga la dirección del sentimiento que monopoliza por el momento todas las energías del alma. Y vosotros os halláis en el momento presente en una de esas excepcionales situaciones.

¿Qué otro instante de vuestra historia, señores, se puede comparar con éste? Mientras vuestros mayores peleaban por conquistar su independencia; mientras, después de conquistada, sostenían otras no menos recias luchas para establecer el centro de gravedad de las nuevas sociedades emancipadas; mientras en el terreno de las armas y de las letras, de la industria y del comercio, del derecho y

de la política, se afanaban por construir y dar carácter propio á vuestra personalidad nacional; más bien *hacían la patria* que la *sentían*.

Mas vosotros, al volver hoy la vista hacia un pasado ya secular; al abarcar con una mirada serena, desde la altura de un siglo transcurrido, los pasos que ellos dieron, posesión de vosotros mismos; y ese sentimiento absorbe en este momento histórico todas las energías de vuestro ánimo: la *idea* de la patria eclipsa con su brillantísima luz todas las demás ideas, y el amor á la patria embarga de presente todos los demás afectos, fundiéndolos en una poderosa corriente de *patriotismo*.

Y si vosotros no estáis dispuestos para oír hablar con más gusto de otro ningún argumento, tampoco yo pudiera tratar de mejor gana de otro alguno. Porque en el patriotismo se realiza, señores, más que en ningún otro amor, aquella ley psicológica que la musa popular incluyó en la conocida seguidilla:

Que en el amor la ausencia
es como el aire;
que apaga el fuego chico
y enciende el grande.

Los amores de las cosas efímeras, que nos atraen puramente con sensitivo embeleso, éstos se debilitan y desvanecen con el alejamiento del objeto que nos tiene como hechizados. Pero los grandes amores que llenan el alma; los que la poseen íntimamente y penetran en sus más hondos senos, entonces se hacen más sensibles y ardorosos cuando la ausencia viene á romper la continuidad de la costumbre que embotaba los filos del sentimiento.

¡Yo he sentido, señores, repetidas veces ese arrancarse el alma de todo el conjunto de objetos queridos que envolvemos con el nombre augusto de *Patria*; y cada vez que he dejado sus hermosas costas, ó pasado sus fronteras, amojonadas con las hazañas de mis padres, he percibido claramente la verdad de la citada afirmación poética!

Pues, sabiendo que había de hablar bajo el influjo de

esa hiperestesia del patriotismo; en medio de vosotros, entregados estos días á una santa embriaguez de patriotismo, ¿de qué os había de hablar, en un Congreso pedagógico, sino de la educación de ese sagrado afecto?

Y á estas consideraciones del momento y del estado subjetivo de alma vuestro y mío, se añadían otras razones objetivas no menos importantes.

La Pedagogía moderna, señores, padece plétora de *intelectualismo*. Nació en una atmósfera viciada de intelectualismo morboso, y no parece sino que lleva en sus entrañas mismas y en sus huesos la huella de este pecado original.

Sería digresión larga y ajena de mi propósito, investigar las venas de ese morboso humor, hasta venir á parar á su primera fuente. Me limitaré, pues, á indicar, que la *controversia protestante*, cifrando toda la fuerza de la religiosidad en la fe, y queriendo que cada cual *razone* la suya, echó las semillas; las inacabables disputas sobre el *dogma*, poniendo en olvido la práctica de la virtud, y ahogando los sentimientos religiosos, fomentaron aquellos funestos gérmenes; y su floración vino á producir aquella Edad locuaz de las mujeres sabias y los sabios superficiales, que se conoce en la Historia con el nombre de *Filosofismo ó Enciclopedismo*.

Para desgracia de la niñez de las edades posteriores, el siglo de la Enciclopedia, fué la época del nacimiento de la Pedagogía; la cual apenas comienza á redimirse en nuestros días de aquella culpa de origen. Por eso en la Pedagogía moderna tiene particular interés todo lo que se refiere á la educación de los sentimientos; y no siendo el patriotismo otra cosa sino el *sentimiento racional* de amor á la patria, ésta es una nueva razón que hace de objetiva importancia el estudio de la *Educación del patriotismo*.

Ya veis, pues, que así las razones objetivas como las subjetivas nos recomiendan el tema que he escogido, y en cuya consideración entro sin más preámbulos.

Siendo el *patriotismo* un *sentimiento*: el sentimiento racional de amor á la patria, para hallar el camino por donde hemos de llegar á su educación, conviene que nos fijemos ante todo en las condiciones generales que presiden á la educación de los *sentimientos*.

Porque es un hecho generalmente conocido y expresado por la Pedagogía, que los *sentimientos no se enseñan*. Hay más: ni siquiera pueden los sentimientos *comunicarse ó infundirse directamente*, como pueden infundirse ó comunicarse las ideas. A quien no posee la idea ó noción de lo que es una hipérbola ó una parábola, puede infundírsele fácil y directamente, ya sea por medio de una buena definición proporcionada á sus alcances, ó ya por la demostración intuitiva de la manera cómo se engendran en la sección de los conos. El que comprende la definición ó la demostración aludida, *adquiere* la idea de las curvas mencionadas. Mas en los sentimientos no sucede así.

No basta la enseñanza de las verdades dogmáticas y morales para infundir el sentimiento religioso; ni bastan las explicaciones éticas ó históricas para comunicar el sentimiento del amor á la patria. El sentimiento es algo más íntimo; por decirlo así, *más vital*, que la *noticia* de las cosas. No que sigamos el erróneo criterio de los voluntaristas y modernistas, los cuales consideran la vida sentimental como la vida por excelencia, y las operaciones

intelectuales, por lo menos en el terreno moral y religioso, como una mera *formulación* de ella. No: la raíz más honda de las operaciones vitales que salen del terreno instintivo, se halla ciertamente en el *conocimiento*; pero el conocimiento, que es factor primero de la vida *intencional*, parece como que se intima más en el alma y se abraza más estrechamente con ella, por el sentimiento; y esta íntima compenetración no puede obtenerse con sólo una acción tan exterior como es la *enseñanza*.

El conocimiento como primera *moción* de la vida intencional, es comparable á la *semilla*, que una mano extraña puede depositar en el seno de la tierra. Mas el sentimiento tiene mayor semejanza con el *prender* de esa semilla, lo cual no se hace por un mero influjo exterior, sino en cuanto la semilla, depositada en la tierra fecunda, echa de sí raíces con que la penetra hondamente para asimilarse sus jugos nutritivos.

Esa es la causa del hecho, observado por todos los pedagogos modernos de mejor nota: que las ideas permanecen en el ánimo *inertes* y estériles, mientras no reciben calor de los sentimientos correspondientes. Es la semilla, que no produce la planta ni menos el fruto por sólo ser depositada en el seno de la tierra; sino solamente después que ha echado raíces en ella, abrazándola con ellas íntimamente, como las ideas se abrazan con el alma por medio de los sentimientos que las acompañan; y entonces, y sólo entonces, se hacen fecundas de vigorosos hechos.

Mas ¿cuáles serán los medios de que dispone la Pedagogía para promover ó favorecer el desarrollo de esos brotes sentimentales que dan á las ideas eficacia práctica?

En este terreno es donde más que en otro alguno hay que tener presente aquella verdad que discierne la Pedagogía genuina de la vana pedantería: Que el arte no puede engendrar la *Naturaleza*, sino *cultivarla*; esto es: no puede comunicarle nuevas fuerzas, sino encauzar y dirigir las naturales.

Como el labrador no puede *producir* las raicillas que

ligan la simiente con la tierra; pero puede colocar la semilla en tales condiciones de calor y humedad, que por sus naturales energías germine y se arraigue; así el educador no puede enseñar ó infundir inmediatamente los sentimientos en el alma de los alumnos; pero puede crear las circunstancias en que tales sentimientos naturalmente brotan.

Ahora bien: el sentimiento se desenvuelve en un proceso ternario y reflexivo; es á saber: el movimiento sentimental sigue á la imagen de la fantasía, como á toda forma sigue su apetito proporcionado; y tiende espontáneamente á su expresión. Imagen, sentimiento y expresión, constituyen los tres términos del proceso primario de la generación de los sentimientos.

Pero á este proceso primario sigue otro proceso reflexivo, de suma importancia en la Pedagogía sentimental; pues la expresión ó exteriorización del sentimiento, produce una manera de repercusión ó inducción, que aumenta la fuerza del sentimiento primitivo, y este aumento comunica á su vez nueva vivacidad á la percepción imaginativa ó fantástica. Y repitiéndose esa recíproca causalidad, muy semejante á la inducción electro-magnética, se puede obtener en el orden sentimental un acrecentamiento de tensión, semejante al que se obtiene con los instrumentos de inducción eléctrica.

Un ejemplo clarísimo se halla en los movimientos de ira. Prescindiendo de ciertos estados orgánicos patológicos, que constituyen una predisposición á la ira, (á la manera que el hambre constituye una predisposición para sentir lo apetitoso de los manjares), es cierto que, en el estado orgánico normal, la ira comienza por el conocimiento de lo que nos contraría ó molesta; v. gr., la injuria de un ingrato. Al percibir que una persona, deudora de especiales favores, se insolenta contra nosotros, aunque no haya precedido disposición patológica á la ira; aunque nos halle con el mejor temple, nos airamos, tanto más cuanto percibimos más claramente la indignidad del modo como somos tratados. Este afecto de ira nos mueve naturalmente

á dar á nuestro enojo una expresión proporcionada, levantando la voz y reprendiendo la acción injuriosa con palabras y ademanes iracundos. Mas es cierto que, si condescendemos con ese apetito natural; si damos rienda suelta á la ira, por muy justa que ella sea, nos enojamos más. La expresión iracunda repercute sobre el afecto airado, y el acrecentamiento de éste comunica nueva viveza á la aprensión de nuestra injuria, y á su vez este mayor conocimiento influye en acrecentar el afecto, y consiguiénte la expresión de él. De esta suerte los hombres más sensatos llegan á airarse en términos de perder los estribos y olvidar todas las normas que suelen servirles de guía en su habitual manera de obrar.

¿Cómo se explica esto? Por ventura pueda explicarse, porque las exterioridades de un estado sentimental producen en el organismo una disposición connexa, por la naturaleza ó el hábito, con el estado sentimental de que se trata; y esta disposición orgánica contribuye luego á acrecentar el sentimiento, como en el ejemplo del hambre á que hemos aludido.

Como quiera que ello sea, es un hecho indudable de experiencia, que la expresión exterior de los sentimientos contribuye á aumentar su intensidad; con lo cual se produce una especie de causalidad recíproca entre los tres términos que constituyen el proceso genético sentimental: el conocimiento imaginativo, el afecto de la sensibilidad y la expresión orgánica. La viveza de la imagen influye en la intensidad del sentimiento, y ésta en la energía de la expresión; y á su vez, la expresión vigorosa repercute en la intensidad del sentimiento, y ésta influye en añadir nueva energía á la representación imaginativa.

De estas consideraciones se desprende fácilmente, la ley pedagógica que ha de presidir al cultivo de los sentimientos, y no menos á su represiva educación.

Para cultivar un sentimiento particular de un modo intensivo, es menester influir en él, por una parte, avivando todo lo posible las representaciones imaginativas de donde nace, y por otra parte, guiando á la expresión y exteriori-

zación de él, para que esta manifestación exterior redunde en aumento del mismo interior afecto.

Esto, en la que pudiéramos llamar educación intransitiva de los sentimientos; ó sea, en lo que mira á los actos del mismo sujeto educando. Por lo que mira al educador, ó generalmente, á la persona que trata de excitar un sentimiento en otro, el medio más poderoso es el influjo simpático de los afectos vigorosos, que inspiró aquella regla formulada por Horacio:

Si vis me flere, dolendum est prius ipsi tibi.

Nada hay como la voz empapada en lágrimas para excitar al llanto; nada como el corazón alegre para inspirar el alegría, ni como el alma amorosa para comunicar el amor. Sea, pues, la primera condición, para infundir el patriotismo en los alumnos, que arda en esa sagrada llama el corazón del educador; como la condición primera, para hacer que la enseñanza sea religiosa, es la religiosidad profunda del maestro.

Pero si el estar poseído de un sentimiento ardiente basta con frecuencia para contagiar con él á las personas con quienes tratamos; á la manera que un instrumento que vibra enérgicamente, es capaz de despertar una vibración armónica en las cuerdas de un piano; no sucede otro tanto cuando se trata de Educación; esto es: no de despertar una emoción pasajera, sino de grabar hondamente en el alma de los alumnos los trazos definidos de un carácter. Estos rasgos característicos no se esculpen sin una acción duradera, y dirigible por el arte, en el cultivo de la inteligencia, de la fantasía, del sentimiento y de la acción.

Para cultivar la fantasía, imprimiendo en ella imágenes vivaces, la Educación dispone de los recursos de las Artes, cuyas formas idealizadas contienen más realidad y hablan con más elocuencia á la fantasía, que las imágenes del mundo prosaico.

Pero la Pedagogía sentimental ó estética no se ha de reducir á impresionar la imaginación como una pasi-

va placa fotográfica, sino ha de estimular y regir la expresión de los sentimientos que por medio de tales impresiones se despiertan, para que, por la repercusión que dejamos indicada, cobren nuevas fuerzas y calor, y conviertan la fantasía de pasiva en activa, prorrumpiendo en espontáneas manifestaciones. Si se logra que éstas sean colectivas, para que el contagio de la simpatía acreciente los grados de intensidad del sentimiento, se habrán empleado todos los recursos que ofrece la Pedagogía estética ó sentimental.

II

Pero ya es hora de que apliquemos estas ideas generales á la Educación del patriotismo.

Aun cuando nos hemos propuesto considerar aquí el patriotismo desde el punto de vista afectivo, y su educación como cultivo del *sentimiento* patriótico, no hemos de perder de vista, sin embargo, que el patriotismo es un sentimiento *racional*. Cuanto más elevado es el objeto de los sentimientos, tanto mayor es el peligro de su degeneración, desde el momento en que se apartan de las normas racionales. Así es como la religión viene á degenerar en *fanatismo*, y el sagrado amor á la patria, el más alto después del sentimiento religioso, puede caer en las ridiculeces del *chauvinismo*.

Por esta causa, si el *arte* es el principal de los recursos de que la Pedagogía dispone para avivar las imágenes ordenadas al cultivo de los sentimientos; cuando se trata de estos sentimientos racionales, reivindica el primer lugar el Arte *literario*, como aquél en quien más parte tiene la razón.

Y como el patriotismo es amor á la patria, y la *patria* es, más aún que la tierra que nos vió nacer, y el Estado cuyos ciudadanos somos, el *conjunto moral* formado por el desenvolvimiento histórico; de ahí que, entre las ramas del Arte literario, sea la *Historia* la más importante y eficaz para el cultivo racional del patriotismo.

El patriotismo es, señores, la íntima *solidaridad* que

une al individuo con el desenvolvimiento histórico del país donde nació, de la nación á que pertenec, de la raza de quien toma origen; y esa solidaridad no es una relación física, como la de la raza y la sangre; es una relación *moral*, y por tanto hase de fundar en el *conocimiento*. El que no conoce la historia de su país, ¡ése no conoce propiamente á su *patria*; ése no sabe siquiera lo que es el patriotismo!

Ignoti nulla cupido!

Lo que no cae bajo la esfera del conocimiento, no pertenece al distrito del amor; por consiguiente, el que no conoce á su patria, no puede amarla, y siendo la patria el resultado del desarrollo histórico, bien podemos decir que no conoce, ó conoce muy imperfectamente á su patria, el que no conoce su historia.

Pero no olvidemos que estamos tratando del cultivo de un sentimiento; por más que se trate de un sentimiento racional; y los sentimientos no están en razón directa del conocimiento racional, sino en función del valor de las *imágenes*, que á dicho conocimiento responden en la fantasía.

Por eso ha dicho alguien con muchísima razón: que la Historia, entonces sólo comienza á tener valor educativo para la juventud, cuando ha sido *reengendrada* por la fecundidad creadora del *genio*.

Los pueblos *hacen* su historia, ó por mejor decir, la *materia* de su Historia; pero esa materia amorfa necesita ser vaciada por el genio en los crisoles de la artística inspiración, y entonces es cuando comienza á tener valor, como instrumento para la educación de esos mismos pueblos. Porque ¡sólo la Historia artística es historia *educativa*!

¡Ah, señores! En este concepto fueron mucho más afortunados que nosotros, aquellos pueblos cuyos historiadores se llamaron Homero, Herodoto y Tucídides; Tito Livio, César, Salustio y Tácito. ¿Qué importa que sus historias no tuvieran esa prosaica y minuciosa exactitud de por-

menores: esa prolijidad de documentación que distingue á la historia moderna, creada por el espíritu metódico de los teutones? Aquellas historias no fueron *catálogos* de hechos, ni *inventarios* de datos: fueron latidos del alma de los pueblos que, repercutiendo la vida de los antepasados, la transmitían á sus descendientes, y mantenían en ellos despierto el sentimiento de la solidaridad de raza y de pueblo, que es lo que constituye el nervio de la patria!

Pero el genio, señores, es un don gratuito de la Naturaleza; y la Naturaleza es avara de sus dádivas. Mientras surge en un pueblo el genio creador de su historia, ¿nada podrá hacerse por la educación histórica de la juventud?—Sí podrá; porque el arte, que imita y corrige la Naturaleza, fundándose en la observación de sus aciertos, puede hasta cierto punto sustituir al genio, hasta tanto que la Naturaleza gratuitamente lo conceda.

Sea la historia *educativa*, en primer lugar, de un *optimismo* sano, el cual no está reñido con la verdad y es natural aliado del amor.

El patriotismo ha de fundarse en un conocimiento verdadero, para que sea racional; pues no puede ser conforme á la razón lo que es contrario á la verdad. Mas el patriotismo es *amor*, y el amor es la inclinación al *bien*, á lo perfecto, á lo elevado, por donde se detiene principalmente en los bienes y de ellos se nutre.

Es un fenómeno generalmente observado en las historias de los pueblos, y en especial en las leyendas populares, que en ellas ocupan largo espacio las victorias, y las derrotas se eclipsan ante su brillo, cuando no desaparecen totalmente de la memoria. Por lo común se explica este fenómeno atribuyéndolo á la adulación de los escritores, ó al amor propio de los pueblos; pero en realidad tiene otra causa más honda, pues nace de ese natural *optimismo* del amor patrio, que no quiere, ni debe perder la confianza en sí mismo; y para alimentarla, recuerda con preferencia las gloriosas hazañas, dejando los desastres en la penumbra de la brevedad ó entre las sombras del olvido.

El amor, aun cuando no mienta, rodea todo cuanto toca de un halo lúminoso; y por muy exigente que sea la verdad histórica; por más que, ateniéndose al precepto de Cicerón: *No se atreva á decir cosa falsa, ni retroceda ante verdad alguna*; eso no impide que narre las verdades amargas con la seca brevedad del dolor, y se detenga amorosamente en aquellos hechos que son más aptos para despertar la emulación de los descendientes.

Pero en segundo lugar ha de tener la historia educativa otra cualidad no menos importante, y es que sea *magnánima*. El patriotismo racional, cristiano, tenemos dicho en otra parte, no estriba en el odio, sino en la *diferenciación de amores*. No se funda en el bárbaro rencor hacia el extranjero, que caracteriza á los pueblos salvajes. El amor se extiende en círculos concéntricos en torno del corazón. El amor de radio cero es el egoismo; el de radio uno es el amor á la familia, y así se dilata gradualmente en amor á la ciudad natal, al país, á la patria, á la raza, á la Humanidad; sin contar otros círculos subordinados, que comprenden á los amigos, á los compañeros de profesión, de corporación, de academia, etc.

Ahora bien: el espíritu de la Historia ha de ser tan magnánimo, que recorra su trayecto despertando en todas partes amores, y cuidando de no alimentar en ninguna los odios que nacen de la miopía del entendimiento ó de las ruindades del corazón.

Hay una historia espúrea, que se detiene con delectación morosa en contar los agravios y las rencillas entre las provincias de una misma nación, ó entre las naciones vecinas. Esos engendros no pertenecen á la literatura educativa, ni aun á la esfera luminosa del arte, sino cuando mucho al extremo arrabal de él donde habitan los *koprófilos*.

Sea, pues, el arte *magnánimo*; y como en los propios hechos pone los ojos con preferencia sobre lo honroso y digno de imitación, así en las relaciones con los otros pueblos, deténgase con predilección en los bienes que de ellos hemos recibido, y corra un velo piadoso sobre

las injurias, apropiándose tácitamente aquella sentencia socrática: que es mayor desdicha inferir las injurias que padecerlas.

Pensad, señores, en el efecto educativo que habría de producir, en las repúblicas hispano-americanas, la historia de vuestra nacionalidad, si fuese en el fondo un *memorial de agravios* contra su antigua metrópoli. ¡Ah, señores! Los mismos que causaron aquellos agravios, causaron á la vez las desdichas de España; y éstos no fueron sus reyes, no sus validos.... ¡Fué la limitación, fué la ignorancia, fueron las pasiones ciegas, las codicias desenfrenadas, propias de los hombres de ayer, y de los hombres de hoy... y de los hombres de mañana! No es menester recurrir al *hado* de los gentiles, ni á la *necesidad* de los deterministas. ¡La religión cristiana nos enseña que nuestra naturaleza está *caída*, y la *magnanimidad* nos ayuda para levantar los ojos de sus miserias y ponerlos en las sendas luminosas por donde la Humanidad realiza en la Historia lo que la Providencia decretó de antemano en sus designios!

La Historia magnánima, la Historia sanamente optimista, la Historia revestida con todas las galas del arte, y si pudiera ser, reengendrada por la creadora potencia de genio, es el recurso por excelencia educativo del sentimiento patriótico; y al lado de esa Historia, formando hasta cierto punto parte de ella, está la *Literatura nacional*.

En medio de las tendencias realistas, ó por decirlo mejor, *utilitaristas* del siglo en que vivimos, hay que insistir mucho en la eficacia educativa de los estudios literarios, así en lo que mira á la Educación de la inteligencia, como en lo tacante á la Educación moral. Pero aquí me limitaré á llamaros la atención sobre la importancia que se concede á la literatura, como medio de educar el sentimiento patrio, en uno de los Estados europeos donde el patriotismo ha celebrado en el último siglo sus triunfos más brillantes.

El Plan de enseñanza elaborado en Prusia en los dos

últimos decenios, acentúa por notable manera la tendencia patriótica que ha de tener la educación literaria, no sólo en la enseñanza primaria, sino en la gimnasial ó segunda enseñanza.

Como *finalidad general* del estudio de la Literatura alemana, se fija allí el *avivar el sentimiento patriótico*. En orden á esto se prescribe, como materia de lectura para las clases inferiores, la narración de las *leyendas patrióticas* y de su Historia; más adelante, la de la Epopeya popular germánica y la Poesía de las guerras de su independencia. Entre las observaciones metódicas se advierte, que el difícil cometido de esta enseñanza no podrá ser desempeñado satisfactoriamente sino por los maestros que, llenos de entusiasmo por los tesoros de su Literatura, y de *sentimiento patriótico*, sepan encender los corazones de la juventud en el amor al idioma nacional, á la nacionalidad alemana y á la grandeza de su espíritu patrio. Y más adelante observa: «La especial incumbencia asignada á la enseñanza del alemán, de cultivar el *sentimiento patriótico*, le señala su estrecha relación con la Historia, á la cual prepara poniendo vivamente ante los ojos las leyendas heroicas de Alemania, y la anima y fecunda introduciendo á los discípulos en las principales obras de su Literatura».

Es cierto, señores, que hacer Literatura nacional, es una de las más seguras maneras de *hacer patria*; pues como el espíritu humano no se actúa sino por el *verbo* que formula sus conceptos, así el espíritu de los pueblos no adquiere conciencia de sí, sino por la Literatura popular ó nacional, que es el verbo de la inteligencia colectiva. Y no es menos cierto que la iniciación en esa Literatura nacional, portadora y sostenedora del espíritu patrio, es una de las más poderosas maneras de avivar el sentimiento patriótico: de educar el patriotismo.

III

Mas no son las producciones del Arte literario las únicas, ni por ventura las principales, que tienen virtud para despertar y alimentar los sentimientos patrióticos. El arte de la palabra, con ser el más expresivo y el más capaz de elevarse á las regiones espirituales, es por otra parte el que impresiona menos poderosamente la fantasía; como quiera que el instrumento artístico de que se vale no es una representación natural, sino un signo de los objetos representados.

La palabra, aunque esté cincelada por la Poesía ó esculpida por la Elocuencia en indelebles frases, impresiona los ánimos más tibiamente que las obras artísticas que entran por los ojos, cuales son las de las artes gráficas y plásticas. Por eso los griegos, el pueblo que recibió del Cielo, en más alto grado que otro ninguno, el genio de las artes, dió tanta importancia á la glorificación de los hombres y acaecimientos célebres. Todo el que se distinguió en Grecia por sus hazañas en favor de la patria, tuvo su estatua, que con muda elocuencia pregonara su gloria y sirviera de dechado á la juventud helénica, poniéndole continuamente ante los ojos los modelos que había de imitar. Y la Pintura, ¿qué otro más noble empleo logró en el mundo antiguo, sino el de perpetuar los faustos sucesos de la Patria? Esas son, señores, las artes verdaderamente nobles; no las que se abaten á la imitación de lo vulgar y aun de lo feo y repugnante; sino las que

sirven de continuo despertador á la emulación de lo sublime y heróico.

La Iglesia católica, regida por el Espíritu Santo que la anima, nos enseña el aprecio y el uso que ha de hacerse de las artes gráficas y plásticas, poblando sus templos y aun todos los edificios y sitios públicos y vivados, de esas brillantes páginas, legibles hasta para los analfabetos, en que se declaran en vivientes escenas los misterios más augustos de la Revelación, y se conmemoran las hazañas más heroicas de los mártires y los Santos. Ese mismo camino, seguido por la Iglesia católica para educar el sentimiento religioso, es el que hemos de seguir para alimentar el patriotismo. ¡Retírense ya de las plazas y de los públicos jardines las reminiscencias gentílicas: las desnudas Venus y los provocativos Cupidos! ¡Hartos estímulos de la sensualidad llevamos en las venas de nuestra naturaleza caída! y en su lugar, álcense en todos los cruces de las calles, en las fachadas de todos los edificios, en los parques y lugares de recreo, al lado de los monumentos que ensalzan nuestra divina religión, las estatuas de los héroes que engrandecieron nuestra patria: de los que conquistaron su independencia, la civilizaron con las leyes, y la enaltecieron con todos los progresos de la cultura material y moral!

A Temístocles no le dejaba dormir la imágen de Milciades. ¡Desvele á nuestra juventud y quítele el sueño, la santa emulación de los héroes de nuestra patria; de los que la redimieron con su sangre y la fundaron con las artes de la paz! Y para eso apenas se hallará otro más eficaz estímulo que el propio de las representaciones artísticas.

Con las creaciones de las bellas artes se dan la mano ciertos símbolos que participan más ó menos de su naturaleza, pero poseen no menor eficacia para hacer latir en los pechos el sentimiento del amor á la patria. Tales son, en primer lugar, la *bandera* y los *himnos nacionales*.

Los apóstatas de la Religión y de la Patria han escrito no hace mucho, en libros destinados á corromper la niñez

en las escuelas, que la bandera nacional no es más que un trapo de algodón ó de seda, colgado de una pértiga. En esta definición, lo craso de la estupidez emula con lo sacrílego de la blasfemia!

Si la bandera nacional no es más que un trapo ¿porqué palpitan, al verla desplegada, todos los corazones donde no se ha extinguido totalmente el sacro fuego del patriotismo? Yo de mí os sé decir (seguro de que todos los que me oís habéis experimentado lo mismo) que cuando veo, entre el estruendo de las salvas de artillería, desplegarse al viento la bandera de mi patria, siento que el corazón me salta del pecho, que mis ojos se llenan de lágrimas, y todo mi sér se extremece con tal emoción, que la humilde sotana que envuelve mi cuerpo se me antoja una coraza!

¿Cómo el mero desplegarse de un trapo colorado, puede producir en mi sér tal inmutación, sino porque ese trapo es un compendio y símbolo de todas las glorias, de todos los heroísmos que entretienen la Historia de mi país? Porque el sentimiento sigue á la imagen de la fantasía, y la bandera nacional es una abreviada imagen de la Patria!

Y el efecto que produce en el alma la vista de la bandera, prodúcelo también la vista del ejército cubierto con el uniforme histórico; prodúcelo asimismo el acorde de los himnos nacionales. ¡Pese á los glaciales sofismas de un positivismo utilitario! Un ejército que marcha á los acordes del himno nacional, desplegando al aire la bandera de la Patria, es y será siempre el más conmovedor de los espectáculos, el más sublime de los símbolos, superior á todas las más perfectas obras del arte, para despertar y alimentar en los corazones la sagrada llama del patriotismo!

IV

El temor de fatigar vuestra atención y abusar de vuestra indulgencia, me espolea para que abrevie lo mucho que habría que decir sobre las exteriorizaciones de ese sentimiento, que la Historia, la Literatura, el Arte y los símbolos patrióticos tienen poder para despertar. Para conciliar las exigencias de la materia con las premuras del tiempo, me limitaré á indicar algo sobre la eficacia que en este concepto tienen el canto coral y las fiestas nacionales.

La Música, con ser la menos expresiva en el terreno de las ideas, es entre todas las artes la que mayor eficacia posee para despertar y dirigir los sentimientos. Y si esto acontece en la percepción puramente receptiva ó pasiva de la obra artística, todavía se halla con más ventajas en la expresión que á dicha recepción corresponde.

No todos los niños, ni las personas adultas, son capaces de expresar sus sentimientos con las formas plásticas de la Escultura, ni con las imágenes gráficas de la Pintura.

Tampoco está abierto á todos los hombres el acceso á la sublime expresión poética, y aun la misma palabra, usada por todos, se muestra para muchos tanto menos dócil, cuanto es mayor la intensidad del sentimiento que los embarga.

Una sola forma de expresión artística está al alcance de todos y en todas ocasiones; es á saber: el canto. El

canto es la natural expresión de los afectos vivos del ánimo, los cuales, si no hallan siempre palabras precisas con que formular lo vagamente sentido, siempre encuentran el acento, ó admiten la nota musical simpática al sentimiento que de presente los agita.

Este es el gran secreto del canto coral, como intérprete y factor de los afectos colectivos, ya sea en los actos del culto divino, ya en las manifestaciones de ese otro culto que debemos á la Patria. El alma de los pueblos educados en el canto, prorrumpe fácilmente en la expresión armónica de los sentimientos que en ella se despiertan, y esa misma expresión repercute en el que canta y contagia á los que le acompañan, elevando la intensidad de los sentimientos comunes en alas del musical concento.

Recientemente se ha hablado mucho del alma colectiva, y hasta se ha querido fundar una ciencia aparte con la Psicología de esa alma: la Psicología de los pueblos, la Psicología de las naciones. No carece de peligro un rumbo científico que estriba en una abstracción ó en una metáfora. Pero una cosa tengo por cierta, y es: que si en algún instante llegan á fundirse las almas de una muchedumbre, hasta formar realmente algo que se aproxima mucho á un alma colectiva, es en esos momentos de entusiasmo religioso ó patriótico en que las ideas y los sentimientos y las aspiraciones y las delicias de todos, se funden en las ondas sonoras de un himno que rítmicamente brota de los pechos de todos!

Y esto, que de una manera particular se verifica en el canto coral de las muchedumbres, no es con todo exclusivo de él, sino extiéndose en alguna manera á todas las expansiones colectivas que se realizan generalmente en las fiestas patrias, así sagradas como cívicas, cuando unas y otras tienen por base una perfecta conspiración de los sentimientos religiosos y nacionales. Por eso las fiestas patrias han sido un elemento imprescindible de la cultura popular de todas las épocas y de todas las razas, y el individualismo egoísta que las desdeña y

divide la sociedad en dos clases: la de los que *sólo* trabajan y la de los que se divierten *á solas*, mina, sin percatarse de ello, las más profundas bases del orden social.

Pero limitémonos á la materia particular que estamos tratando. Las fiestas nacionales verdaderamente populares y verdaderamente patrióticas; esto es: aquéllas en que el pueblo no se divide en dos clases: la de los que entran en la sala del festín ó en el espectáculo, y la de los que se quedan á la puerta; aquéllas en que no se imponen las ideas ó sentimientos de una fracción vencedora, sobre los sentimientos y las ideas de una fracción vencida; aquéllas, en una palabra, en que todos los hijos de una misma Patria, llenos de una misma fe y unas mismas aspiraciones, son «cor unum et anima una»: una sola alma y un sólo corazón; ésas, decimos, deben contarse entre los más eficaces recursos de que disponen las sociedades, para mantener viva y acrecentar perennemente la llama del patriotismo.

Voy á terminar, señores; pero no puedo hacerlo sin dejar consignada una importante observación. Nos hemos limitado, en estos momentos, á estudiar los recursos *estéticos* de que puede disponer la Pedagogía, para educar eficazmente el *sentimiento* patriótico.

Pero no debemos olvidar, señores, que la Educación estética no puede formar los grandes *caracteres*, ni por ende, los verdaderos *patriotas*, si no se basa sobre el fundamento de la Educación moral; la cual necesita á su vez como cimiento incommovible, la Educación religiosa.

Donde no hay Educación religiosa, común origen de la sólida religiosidad, es vano esperar el florecimiento de la vida moral, y por consiguiente, la frecuente aparición de los grandes caracteres.

HE DICHO.



OBRAS
DEL
R. P. RAMÓN RUIZ AMADO

DE LA COMPAÑIA DE JESÚS
QUE SE HALLAN EN VENTA EN LA
LIBRERIA "ALFA Y OMEGA" CALLAO 573 Bc. AIRES

	\$ M/N
La Educación Moral	3.70
La Educación Intelectual	3.50
La Educación de la Castidad	1.25
La Maestra Cristiana	1.30
La Madre Cristiana	2.80
La Enseñanza popular de la Religión	2.40
La piedad ilustrada	1.50
Práctica del Púlpito (traducción)	6.00
Los Peligros de la Fe	2.30
El Modernismo religioso	2.00
¡He perdido la Fe!	1.60
El Secreto del Exito	2.00
La leyenda del Estado enseñante	0.50
La Iglesia y la libertad de enseñanza	1.00
Compendio de Historia eclesiástica de Yunk (traducción)	5.00
Catecismo popular explanado de Spirago, tres tomos (traducción)	6.50
La reforma de Instrucción Pública (seu- dónimo)	0.40
Los dos Bachilleratos (seudónimo).	0.25
El Derecho de Enseñar id.	0.40
Historia de los Papas de L. Pastor, 12 tomos (traducción)	55.00

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS